

Pío Tamayo, en octubre¹

Millares de personas habían ido al Yankee Stadium, ese inmenso campo al que, según la predicción de Enrique Bernardo Núñez, desembocarían “multitudes ateas que practican el robo y el asesinato como medio de satisfacer sus necesidades”. Pero esta vez, 4 de octubre, las grandes masas humanas fueron a recibir la bendición de Pablo VI, poseídas de un ardor religioso profundo y de un afán de paz que pareció extenderse momentáneamente por el mundo.

Millares de personas habían acudido a los diarios en busca del misterio al fin descubierto, de ese secreto escape, de esos raros viajes. Pero esta vez, 4 de octubre, una carta desconcertante era la respuesta. El Comandante Ernesto Guevara, en una era de posesión, renunciaba a todo.

Ese mismo 4 de octubre, apenas visible en una página interior de *El Nacional*, se anunciaba que al día siguiente se cumplirían treinta años de la muerte de Pío Tamayo. Un antiguo compañero suyo, Silvestre Castán, para recordarlo en medio del silencio de los de su generación, escribió -según la información- una breve biografía para el semanario *El Tocuayo*. Eso fue todo, y no fue poco, siendo mucho el resultado histórico de una treintena. Pues, para 1935 la Iglesia parecía sin vigor, atada a un mundo viejo, y el comunismo un fantasma sin porvenir, y he aquí cómo en 1965 lo religioso en su punto más alto y el gesto extrañísimo de un jefe comunista en nuestra

¹ Garbán, Martín. *El Nacional* 8 de octubre de 1965.

América, se unían en una idealidad avanzada: “Supe que mi condena obedece a que el gobierno ha tenido noticias de que mantengo escuela de comunismo en el Castillo. No de comunismo, pero si de idealidad avanzada”, escribía José Pío Tamayo, desde un calabozo donde imperaban “muertas vaguedades de objetos”, en palabras de Andrés Eloy Blanco.

Pío Tamayo cumplió el ciclo de los revolucionarios venezolanos. Contaminación en plena adolescencia; persecución; exilio; vuelta a la patria; cárcel; enfermedad; muerte. Desaparece en 1935, habiendo nacido en 1898. Irse al cielo o al infierno antes de los cuarenta, machacado antes por las dolencias, magullado por la incomprensión, es casi una ley para los luchadores venezolanos. Después, algo compasivamente, un amigo, un familiar, un fanático de biblioteca, acuden a los papeles viejos, comidos por la polilla, o a los recuerdos, para tratar de fijar una imagen de aquellos héroes. Eso es todo, y no es poco, siendo tan duro el mundo que nos rodea.

Pío Tamayo escribió bastante. Lo hizo mayormente en su odisea americana. En Puerto Rico, con “Crónicas mías”, en una de las cuales ya asienta con ufanía su origen tocuyano. En Costa Rica, como colaborador de *Avispa* y alma de *Siluetas*. Algo en Panamá. Y cuando retorna a Venezuela, apenas a los veintiocho años, se prepara para la muerte con paciencia, organiza sus asuntos, colabora en revistas caraqueñas y le viene, ciclo fatal, el carcelazo.

¿Quién no conoce “Homenaje y demanda del Indio”? De su vasco bárbaro y sorprendente algunos saben sin saber. Le dice a Beatriz I, Reina de los Estudiantes, en el momento en que la Universidad iba a estallar y regarse por las cárceles:

Y el nombre de esa novia se me parece a vos:

Se llamaba Libertad.

Este Pío Tamayo desafiante del Teatro Municipal y que revienta los oídos con el estruendo poético, fue el Pío de la generación suya, no el de la verdadera voz lírica. Al canto civil, prefiero yo este “cantar de lo fatal”, escrito en el Castillo Libertador, y perturbador en su golpe comunicativo:

Este es otro cantar:

La Muerte, Muerte, La Muerte

Ha llegado a saludarme

Y le pregunto sonriendo

¿cuándo vamos a pasear?

El Pío Tamayo de la cárcel era un maestro o un compañero de estudios. Un lector. Un narrador. En enero de 1930 pudo llegarle lo que había escrito un amigo, *La ciudad de los lagos verdes*, y reconocer “el cuarto” donde él mismo leía, antes, poemas malditos. No era un Villón, pese a las cárceles; era un venezolano de

“idealidad avanzada”, y por eso empezaba a narrar su paulatina muerte con tremenda seguridad de no quedar borrado para siempre.

A su madre le escribe, en octubre de 1934, un año justo antes de partir: “Muero asesinado por los verdugos que asesinan también a Venezuela... Me matan con crueldad calculadora”.

El indio tocuyano iba a morir. Y pido que me informen ¿es verdad que escribió, y publicó incluso, algunas novelas? ¿Dónde están? Es una información que pido para que el Arzobispo Turpin, allá en las misas, o Pío, allá en el Castillo, no quede tan solo como querían quienes lo mataron con crueldad calculadora.